

S.M. / R.22



EL PROPAGADOR CIUDADELANO

ECO DE LA DEVOCION AL SAGRADO CORAZON DE JESUS

(Se publica con licencia de la Autoridad Eclesiástica y se reparte gratis, para contribuir á la difusión de buenas lecturas.)

Año **XVI**

Ciudadela, 4 de Abril de 1916

Núm. 198

DEDICATORIA

A Tí, Corazón Sagrado de Jesús, ofrecemos estas páginas en testimonio de profundo agradecimiento por los soberanos consuelos e inefables misericordias que acabas de prodigar a Ciudadela: ¡gracias, Corazón Divino, gracias, infinitas gracias!...

A Tí la gloria ¡toda la gloria! por las triunfales finezas de tu Amor, que tan dulcemente atrae y cautiva el corazón de este pueblo, a quien has elegido, sin duda, por herencia tuya predilecta.

Avanza, Corazón adorable, en el camino de tus victorias, multiplica tus conquistas, consolida aquí tu Reinado.

Sea íntima y perpétua nuestra cordial alianza: ¡Ciudadela en Tí, y Tú en Ciudadela!...

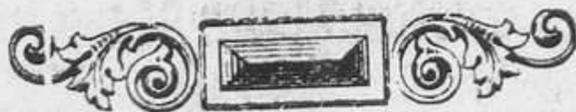
LA REDACCION.



NUESTRO GOZO EN EL SEÑOR

EL espectáculo de un pueblo que confiesa abiertamente la fe y cumple la ley, es un reflejo de luz y una saeta de fuego, que contribuye poderosamente á disipar las sombras en que viven los incrédulos, y á mover los corazones ya casi yertos de los indiferentes. Por esto nos hemos gozado tanto en la celebración del 25.º aniversario del Apostolado en nuestra capital diocesana. Como el buen pastor respira satisfecho, si logra ver encerradas en seguro aprisco, sus ovejas amenazadas de la tempestad ó de las fieras, hemos sentido llenarse de gozo nuestra alma, viendo como los amados hijos buscan y hallan, defendiéndose de los asaltos de tantos desencadenados enemigos, seguro aprisco en el Corazón de Jesús, que, abierto por la lanza en el Calvario, sigue abierto en la gloria, para recibir en él á todos los que buscan la seguridad de la paz contra las inquietudes y peligros de la presente mundana vida. No quieran nunca los amados hijos abandonar aquella mansión de refugio, como la nombra el Profeta: *Esto mihi in domum refugii*. Allí los guarda el Divino Pastor y los tiene defendidos de los mundanales atropellos: *Abcondes eos*, dice el mismo Profeta, *in abscondito faciei tuæ a conturbatione hominum*: «Los tendrás escondidos en el asilo de tu alcázar, defendidos de los asaltos de los impíos». *Fiat*. Así lo pedimos al Señor.

† EL OBISPO.



CONMEMORANDO UNA GRATA FECHA

EL día 30 de Marzo del año 1891, que fué en domingo de Pascua de Resurrección, se instaló canonicamente en la Iglesia de San Agustín de esta ciudad, nuestro Centro local del Apostolado de la Oración. Tuvo la iniciativa en la implantación de la Obra el inolvidable y celosísimo P. Celestino Matas, de la Compañía de Jesús, que acababa de predicar con éxito sorprendente los sermones de Cuaresma en la Iglesia Catedral, y había dado, además, una fructuosísima tanda de Ejercicios Espirituales para hombres sólo. Mediante la aprobación y el más decidido apoyo del Rvdmo. Prelado Diocesano, que lo era entonces el Dr. D. Juan Comes y Vidal, y entre los esplendores de un devoto y concurridísimo Triduo Eucarístico predicado por el mismo P. Matas, se procedió con toda solemnidad a la instalación formal de este piadoso Centro del Apostolado. Después de hecha públicamente la reglamentaria Consagración al Divino Corazón de Jesús, 24 Celadores y otras tantas Celadoras recibieron de manos del Ilmo. Sr. Obispo la honrosa investidura, la cruz-insignia de Celador y Celadora del Apostolado. El acto resultó grandioso y conmovedor... La nueva Asociación fué saludada y acogida por el pueblo ciudadelano con general aplauso, hasta con férvido entusiasmo. Desde aquel momento, la obra del Apostolado comenzó a funcionar aquí normalmente, y a crecer y desarrollarse más cada día, desplegando incesante actividad, emprendiendo cruzadas de celo y reflejando alientos de vida próspera e inagotable...

Han transcurrido 25 años de aquella memorable fecha; y al celebrar estos días sus «Bodas de Plata», nuestro querido Centro registra, inscriptos en sus filas no menos de cuatrocientos asociados y más de dos mil asociadas. Y felizmente, no ha sido infructuosa la actuación del Apostolado en estos cinco lustros de su funciona-

miento en Ciudadela, como bien lo pregonan, aparte de otros datos, las múltiples solemnidades Eucarísticas y fiestas reparadoras y funciones de plegaria que promueve y lleva a cabo anualmente, y el progresivo aumento de Sagradas Comuniones que se observa entre nosotros, y la salvadora devoción de los primeros viernes, y la espléndida celebración del mes de Junio, y las placas del Corazón de Jesús que se ostentan en el fróntis de tantas casas, y las Imágenes del mismo Corazón Deífico *entronizadas* en los hogares, y los opúsculos y revistas y hojas de sana propaganda repartidas entre los hijos de esta ciudad, y las varias campañas de acción católica emprendidas en defensa de la buena causa y para luchar contra la impiedad y el sectarismo, y los organismos de protección social creados en provecho de las mujeres pobres, etc., etc. ¡Véase si hay justo motivo de entonar solemne *Te Deum* de acción de gracias por la visible Providencia de Dios en favor de esta Asociación bendita!

Era natural, pues, que la Junta Directiva del referido Centro local, inspirándose en sentimientos de genuina piedad, se aplicara con decidido empeño a promover la digna solemnización del 25.º aniversario de su instalación. Y no ha sabido hallar, al efecto, manera más provechosa y que mejor responda a la naturaleza y a los fines del Apostolado, como lo es la celebración de una serie de actos festivo-religiosos, que, sin menoscabo de su carácter jubilar, estuviesen directamente encaminados a la mayor gloria de Dios y al bien espiritual de los habitantes de Ciudadela.

En el programa de los actos religioso-jubilares figuraba en primer término, y como parte substancialísima, una tanda de

Ejercicios Espirituales en forma de misión,

que empezaron el domingo día 26 de Marzo y tuvieron fin el domingo inmediato día 2 de Abril.

Ya que era *apostólica* la obra que se había planteado, vinieron a realizarla dos *verdaderos apóstoles*, los Rdos.

P. Miguel Rosselló y P. Jaime Rosselló, misioneros de los Sagrados Corazones de la Congregación Diocesana de Mallorca.

No queremos poner en tortura la acrisolada modestia de tan insignes misioneros, encareciendo y ponderando, como es justo, la magna labor evangélica por ellos efectuada durante los ocho días de Ejercicios-misión dados al pueblo de Ciudadela. Harto sabemos que vinieron aquí, nó a recoger aplausos populares, nó a conquistarse coronas de terrena alabanza; sino para salvar almas: almas, almas han venido a buscar, y sabe Dios ¡cuantas han salvado, arrancándolas de las fauces del lobo infernal, y poniéndolas en brazos de Jesús! Indudablemente, ha sido el Corazón de Jesús quien los envió desde la Balear mayor como embajadores del cielo en esta isla hermana, para encender en los corazones llamadas del fuego santo y traer a los individuos y a las familias mensajes de amor, de paz, de bienandanza y de reconciliación con Dios.

Es fuerza reconocer que esta misión ha sido un triunfo soberano de la divina misericordia, un prodigio de la gracia del Señor, un milagro visible del Sacratísimo Corazón de Jesús.

Hemos asistido estos días a la visión de cuadros hondamente conmovedores, de sublime relieve espiritual y de belleza indescriptible: escenas arrobadoras que habrán contemplado desde el cielo los coros beatíficos sumidos en éxtasis de gozo. Hemos presenciado con inefable consuelo la actitud ejemplar de todo un pueblo ávido de corresponder a los llamamientos de Dios, que le hablaba por boca de *sus enviados*. Hemos visto congregarse en la Iglesia de San Agustín muchedumbres incontables, un gentío extraordinario, inmenso, que iba cada día en aumento, y que, no cabiendo ya en la nave del templo, ni en el presbiterio, ni en las capillas laterales, agolpábase en los atrios y hasta en la calle junto a las puertas de entrada. Y el Espíritu de Dios posábase fecundizador sobre aquella masa compacta de oyentes, infundiendo gérmenes de renovación espiritual, de santidad y de vida

cristiana. Y la voz de los Padres misioneros resonando elocuente, avasalladora, no con los artificios de la elocuencia de la tierra, sino con el imán irresistible de la elocuencia del cielo, anunciaba las grandes verdades de la fé católica y las máximas salvadoras del Evangelio de Cristo. Y lágrimas de arrepentimiento, ¡dulces lágrimas! brotaban de los ojos y corrían abundantes, revelando la vivísima y saludable emoción producida en el alma de los concurrentes... Y fuimos testigos de lo que nunca hasta entonces habíamos presenciado, a saber: los cánticos propios de misión entonados fervorosamente por miles de voces, por todo el auditorio a una, formando coro de grandiosidad imponente y de efecto enternecedor. Era el suspiro del corazón dolorido que elevaba al cielo el clamor de *Perdó, perdó, ¡oh Deu meu! perdó*; era el grito de esperanza lanzado por el alma que invocaba a la Santísima Virgen con el delicioso *¡Oh Maria, Mare mia, salvadora del mortal...*; era la aclamación resonante del pecho enardecido en los amores de Jesús, modulando el popular *Corazón Santo, Tu reinarás; Tú nuestro encanto siempre serás*; era la solícita plegaria del fiel amante de los Sagrados Corazones, repitiendo las jaculatorias de *¡Dols Cor de Jesús, siau mon amor! ¡Dols Cor de Maria, siau ma salvació!*... Y los confesonarios veíanse rodeados de legiones de penitentes, y en los comulgatorios no cesaba de administrarse el Pan de los ángeles, y los altares Eucarísticos eran de continuo visitados por adoradores de la Hostia Santa...

¿Quién no acierta a ver ahí, al tenor de las notas que dejamos apuntadas, una demostración palmaria del maravilloso fruto producido por estos célebres Ejercicios, que bien merecen calificarse de plenísima y fecunda Misión?

Realmente, no podía esperarse éxito superior, ni cabía manera más adecuada de celebrar el fausto acontecimiento de

Las Bodas de Plata

de este Centro del Apostolado, cuya fecha jubilar, como dijimos antes, se cumplió el juéves día 30 del pasado Mar-

zo; festejándose el simpático aniversario con especiales cultos religiosos, que revistieron espléndida suntuosidad.

Sin interrumpir la práctica de los Santos Ejercicios, hubo en este día, a las 7 y media de la mañana, Misa de Comunión para los socios y socias del Apostolado, que fué celebrada por el M. I. Sr. Chantre, Director local de la Obra, administrando no menos de quinientas Sagradas Formas, que unidas a las que se distribuyeron antes y después de la referida Misa, suman unas ochocientas Comuniones habidas aquel día en la Iglesia de S. Agustín.

En el solemne Oficio que se cantó, a las 10, con Exposición del Santísimo Sacramento, fué celebrante el Rdo. D. José Roca, Vice-Director de la Asociación, pronunciando el Rdo. P. Miguel Rosselló un entusiasta y oportunísimo sermón, hallándose materialmente repleto de fieles el ámbito de la citada Iglesia.

La población entera dió públicas muestras de regocijo: muchas casas ostentaron adornos y colgaduras en sus ventanas y balcones, aparecieron orladas con artísticas coronas las placas del Corazón de Jesús, y señaladamente, la calle del Obispo Vila, contigua al templo de San Agustín, vióse festivamente engalanada durante el día y profusamente iluminada por la noche.

Los cultos religiosos de esta noche fueron también con Exposición Eucarística, realizándolos con su presencia el Excmo. Sr. Obispo y siendo verdaderamente enorme la concurrencia, apesar del crudo temporal de agua y viento que estaba descargando sobre la ciudad. Después de la Conferencia doctrinal dada con singular maestría por el P. Miguel Rosselló, fué leída desde el púlpito, recitándola los asistentes, la Consagración al Deífico Corazón de Jesús, y acto continuo, el otro misionero, P. Jaime, pronunció uno de esos inimitables sermones suyos, en los cuales deja fluir como espesa lluvia de abrasadas saetas que van derechas al alma, y la hieren y la conmueven y la subyugan y la hacen detestar el pecado y convertirse a Dios...

Puso digno remate a los actos religiosos de tan festivo día, el solemne *Te Deum* que entonó, oficiando de Pon-

tifical, nuestro venerable Prelado. Era la hora precisa del día mismo en que, 25 años antes, habíase inaugurado en la propia Iglesia de San Agustín la obra providencial del Apostolado de la Oración. El aniversario jubilar se cumplía entonces, exactamente. Eran, pues, de emocionante significación aquellos momentos en que el Excelentísimo Sr. Obispo y el Rdo. Clero y los celadores y celadoras y socios y socias del Apostolado y el pueblo fiel de Ciudadela, reunidos en presencia de Jesucristo Sacramentado le bendecían y glorificaban, cantando con alegre fervor el himno sagrado que modula la Iglesia siempre que trata de expresar su agradecimiento por los grandes beneficios recibidos de Dios...

Y prosiguió desarrollándose el plan de la apostólica cruzada en los días último de Marzo y primero de Abril; fijándose para el domingo día 2 la

Terminación de los Santos Ejercicios,

que resultó, no sólo un triunfo gigantesco de la fé y piedad de Ciudadela, no sólo un monumento espiritual de colosales proporciones erigido y dedicado al Divino Corazón por sus amantes y devotos; sino que nos pareció, además, y diríamos que fué a manera de un grandioso poema, excelso, arrobador, digno de figurar en primera página, escrito con letras de oro, en los anales religiosos de este pueblo...

No intentemos reseñar ni describir el conjunto ni los rasgos culminantes de tan extraordinaria solemnidad: sería en nosotros empeño temerario. Habremos de contentarnos, pues, con presentar en abreviado resúmen los datos principales que pudimos recoger, y son los siguientes:

LA COMUNIÓN GENERAL.—La administró, *intra Missam*, el Excmo. Sr. Obispo, ayudándole el M. I. Sr. Dean. El número de comulgantes en la Misa no bajó de *mil trecientos*; y la suma total de Sagradas Formas distribuidas este día en toda la ciudad con ocasión de los Santos Ejercicios, asciende a muy cerca de *tres mil*.

LA MISA MAYOR.—Como ofrenda reparadora consagrada al Deífico Corazón y en calidad de plegaria devota para impetrar copiosas gracias del cielo, según las intenciones de la Junta directiva de este Centro del Apostolado, cantóse, a las 10 y media, Oficio solemne con el Divino Señor de manifiesto. Fué celebrante el M. I. señor Arcipreste Dr. D. Sebastian Juan, y predicó magnífico y tierno sermón de circunstancias el ya citado misionero P. Miguel Rosselló. En estos cultos Eucarísticos, lo mismo que en la Conferencia espiritual dada por el P. Jaime, a las 3 y media de la tarde, la Iglesia de S. Agustín estaba llenísima, rebosante de apretado concurso. Así resultó que durante todo el día, hecha excepción de muy pocas horas, el referido templo vióse atestado de gente.

De ahí puede inferirse lo que hubo de ser la terminación,

El acto final de los Ejercicios-misión,

epílogo sublime, soberbio coronamiento de la egregia campaña evangélica, que superó los cálculos y esperanzas más optimistas, y de cuya realidad fuera pálido reflejo todo cuanto sabríamos decir nosotros.

Hecha solemnemente la Exposición de la Hostia Santa, a las 6 y media de la tarde, y luego de rezado el Rosario Mariano, el incansable P. Jaime hizo el sermón *de despedida*, cerrando con broche de ricos primores la serie de importantísimos trabajos realizados por ambos misioneros durante la histórica semana de su apostolado entre nosotros. Con lenguaje centelleante que le salía del corazón inflamado de amor a Cristo, y entre arranques de suprema ternura que semejaban vibraciones del cielo, mezclando sus lágrimas con las del auditorio (que por lo numerosísimo al par que recogido y devoto ofrecía un espectáculo incomparablemente consolador), dejó resumidas en sabios consejos y saludables avisos las normas de vida cristiana para ir a paso seguro y derechamente hacia el cielo... y se despidió de Ciudadela con un prolongado y cordialísimo *¡adios!*...

Seguidamente, se organizó bellísima Procesión con el

Santísimo Sacramento, llevándolo en rica Custodia el Rdmo. Sr. Obispo, con asistencia del Ilmo. Cabildo y Rdo. Clero; la que dió la vuelta por la nave del templo, y atravesando la puerta que da entrada al Seminario Conciliar recorrió los claustros del mismo, que estaban artísticamente adornados y radiantes de luz. Momentos despues, mientras la Procepción desfilaba entrando de nuevo en la Iglesia, el pueblo todo, hombres y mujeres, enfervorizados, como tocados por corriente eléctrica, tributaron delirante ovación al Rey de todos los corazones, entonando con voz unánime, entusiasta, potente, el siempre consolador y delicioso *¡Corazón Santo, Tu reinarás!...* Diríase que en aquellos dulcísimos instantes, o era que el cielo había descendido a la tierra, o era la tierra que se había transportado al cielo.

Al cabo de breve rato, despues que el Excmo. señor Obispo dió la Bendición, con la adorable Hostia Eucarística, a la devota muchedumbre allí congregada, habíase dado fin a los Santos ejercicios y a las fiestas jubilares del 25.º aniversario de este Centro del Apostolado, dejando envuelta esta ciudad en una como nueva atmósfera, saturada de espirituales aromas, de inefable alegría, de santa esperanza y de tranquila paz.

¡Gracias infinitas sean dadas al Señor!

¡Gloria, alabanza y bendiciones sin fin al Sacratísimo Corazón de Jesús y al Corazón Inmaculado de la siempre Virgen María!



EN LES BODES DE PLATA
DEL
APOSTOLAT DE L' ORACIÓ
DE CIUTADELLA

Vint i cinc anys ja fa que tu vas nei-
[xer,
fill predilecte del soavíssim Cor,
¡vint i cinc anys de vida!.. ¡oh quin
[rosari!
¡quin rosari d' amor!

Sos grans son grans d' evori i pedres
[fines
que 'l dolç sitzell tallá de l' oració,
i vol guardar Jesús, dins el Sagrari
com son preuhat tresor...

Ta vida refloreix, com refloreixen
cada any, per a son temps, els amat
[llers;
tu sents anhels novells, com are senten
els blats dels sementers.

T' historia te ses fulles blanques...
[blanques...
com blanques son les Hosties del al-
[tar...
¿com no, si 'l has escrites a prop d'
[elles
perque 'ls a sabs aimar?

¡Legió d' adoradors! ¡dolça vanguardia
del Rey Suprem, de Cristo Redemptor!

per voltros Ell impera a Ciutadella
amb imperi d' amor...

¡Benehides les hores ben passades
als peus encisadors del Sagrament,
per beure de sos ulls, llum i coratje,
amor, i amor fervent...

Benehits siguin sempre vostres passos
quant el duis triomfant... ¡oh fortitud!
quant orejen els caps i vostres ánimes
alens de juventud!

Benehits... i creixeu sempre, amb no-
[ves forces,
com creixen les onades de la mar;
creixeu anys i anys i mil centuries...
¡que creixe axí, es reinat!

I reiná es fer de cada cor un temple,
un temple viu al Sacratíssim Cor...
reinar es fer un rosari amb molts de
[Glories
fer-li un rosari d' or...

¡Cor de Jesús, Breviari del Altíssim!
¡Corde Jesús, Amor dels grands amors!
Vint i cinc anys fa qu' amorosíssim
reinau a Ciutadella... jo humil-líssim
vos preg que reineu sempre dins els
[cors

JOSEP TUDURÍ, *Pvre.*

Ciutadella Març, 1916.



PODER DE LA ORACION

En vano edifica quien solo fía en el cálculo humano prescindiendo de Dios; en cambio, obra maravillas la oración en cuantas empresas acomete.

LA Providencia divina en estos días, como en repetidas ocasiones, nos ha suministrado prueba plena de cuanto puede el alma en sus empresas cuando en fervorosa oración demanda al cielo auxilio y ayuda, y cuan errados y divididos andan los mortales cuando todo lo fían á las habilidades y destrezas humanas.

La piedad y la política locales contemporáneas dan testimonio irrecusable de cuanta verdad encierra la anterior afirmación.

Es un pobre sacerdote, ayudado de cuatro *beatos* y secundado de unas cuantas *exaltadas* mujeres, que se propone festejar una fecha memorable, el vigesimoquinto aniversario de la fundación de una modesta institución que ha sido manantial y fuente de muchas gracias de lo alto; y, sin apelar al estruendo de bombos y platillos para anunciar la empresa que se propone, (usando en esto una táctica muy diversa de la que suele emplearse en la época contemporánea), consigue un éxito sorprendente por lo inesperado y sublime. Es que ha comenzado por preparar

el terreno con la oración fervorosa que pide al cielo la ayuda y el auxilio.

Es una asociación piadosa que, sabiendo cuanto puede la gracia de Dios humildemente impetrada, trata de agrupar las muchedumbres en torno de una feliz iniciativa; y, sin forzar los resortes de una propaganda artificial, y sin pomposos reclamos de la Prensa, alcanza un plesbicio sin igual para conmemorar jubilosamente el planteamiento de una obra que tantas veces ha aplacado la ira de Dios justamente irritada por los pecados del hombre. Es que ha continuado recomendando la oración para conseguir del cielo, acierto en la designación de los apóstoles y misioneros que debían dirigir la campaña.

Es el deseo vehemente de una asociación laudable que se ha propuesto ganar almas para el cielo (consiguiendo para las apartadas de Dios el retorno a Él y para las que le están unidas, mayor firmeza en los pasos de su glorioso avance hacia la perfección evangélica), y, sin echar mano de los recursos que ponen en

juego los partidos políticos para conquistarse adeptos, logra congregarse legiones de creyentes, que con sus actos de culto interno y externo ofrecen ante el mundo católico un cuadro consolador, que contrasta con la glacial indiferencia religiosa tan extendida en nuestros días. Es que se vale, como medio eficaz para conseguir su noble ideal, del arma de las grandes victorias, la oración perseverante.

No es propio de revistas piadosas meterse en el intrincado laberinto de la política partidista al estilo del día. Séanos, empero, lícito hacer notar la altura a que ha llegado el Apostolado de la oración de esta Ciudad con su espíritu de sacrificio y continua oración, adecuadamente a

sus fines y objeto propio, que harto ha podido observarse en los días de la misión que acaba de presenciar este pueblo; y véase, en cambio, a qué nivel se halla la política contemporánea, sin excluir la local, con sus divisiones, contiendas y antagonismos, que hacen recordar el tremendo castigo con que Dios quiso humillar a los fabricantes de la Torre de Babel...

Es que a la política de nuestros tiempos le falta el espíritu de sacrificio y la fuerza de la oración, medio insustituible en toda empresa que se proponga trabajar por el reinado de Nuestro Señor Jesucristo en las sociedades humanas.

UN CELADOR.



LA BANDERA DEL APOSTOLADO

Cinco lustros que ondea gallarda
de evangélica paz nuestra enseña,
cinco lustros que enhiesta, gloriosa,
la ve Ciudadela
cabe el ara del templo sagrado,
ó llevada en triunfante carrera,
en días de júbilo,
de típica fiesta,
entre focos de luz incontables
que en perdido reguero chispean.

Ella es blanca cual ampo de nieve,
como el lirio que el cáliz eleva
á los besos primeros del aura;
le dió la inocencia
sus virgíneos albores, y el cielo
los purísimos rayos le presta
del sol, que aquí en carne
divina se trueca,
entre llamas y espinas chorreando
roja sangre en la nítida tela.

Vedle ahí! el Corazón lacerado
por escudo se dió en la señera,

que el tal Rey solo quiso dejarnos
 licor de sus venas
 por timbrar el blasón de sus armas,
 ni otro mote que amor por leyenda;
 amor anhelante,
 amor siempre en vela,
 el amor que acrecientan las cruces,
 el amor que entre espinas alienta.

Cinco lustros que ve desplegada
 esa enseña de amor Ciudadela;
 cinco lustros... ¡del alma qué besos
 envióla, sedienta
 de aquel néctar que vierte la llaga
 que el carmíneo blasón representa!
 ¡qué ardientes saludos!
 ¡miradas cuán tiernas
 recogió en su quietud junto al ara,
 ó al flotar en gloriosa carrera!

Cinco lustros... ¡qué airoas legiones
 de valientes armados en guerra,
 de soldados con alma de apóstol
 formó esa bandera,
 á sus huestes lanzando al combate
 sin temor á derrotas ni á pérdidas,
 de amor vivas llamas
 llevando por tea,
 que, prendiendo en los pechos, la patria
 en incendio gigante conviertan!

Cinco lustros... ¡qué santas victorias
 en sus pliegues escritas ostenta,

de Jesús proclamando el imperio..!
 ¿Qué fué Ciudadela
 del gran Rey sinó egregia corona,
 nuestras casas llevando por perlas,
 forjando su escudo,
 grabando su lema
 al frontón de palacios y chozas,
 convertido el frontón en bandera?

¿No se han vuelto salones del trono
 de ese Rey nuestras blancas viviendas,
 dó le rinden ferviente homenaje
 de amores sin tregua,
 á sus piés deslizado sus vidas,
 los ancianos, infantes, doncellas,
 cantándole dichas,
 contándole penas,
 celebrando sus días de gala,
 corazones brindando en ofrenda?...

Cinco lustros de gloria han pasado,
 de evangélica paz dulce enseña,
 sin que nadie jamás humillara
 tu regia nobleza,
 ni otras manchas que el oro y la sangre
 de tu escudo en tus pliegues cayeran...
 De incendios del alma
 vivísimo emblema,
 ¡Dios te guarde por lustros y siglos,
 ni te olvide jamás Ciudadela!

SEBASTIÁN JUAN SAMPOL DE PALÓS.

Marzo de 1916.



AL PASO DE DIOS...

CIUDADELA amadisima, sacudiste tu sopor. Al paso de Dios irradió tu fé con entusiasmo esplendoroso. Al paso de Dios por ti una eflorescencia de virtudes embelleció tu faz.

Blandió el Señor la fulgurante espada de su palabra divina. Rasgaronse las brumas de diabólicos engaños, el mal fué lanzado fuera y comenzaste a tener aspecto de paraiso, Ciudadela muy amada.

Alumbráronse tus ojos con las verdades mas sublimes de Dios. El deber imperioso esgrimio sus fulgores para descubrir ante tí las deslealtades de tu corazón. Lloró tu alma, herida por el dardo de la contrición dulcísima. Tu llanto abrasado y tierno redimió tus culpas, dejandolas anegadas para siempre en los abismos del perdón y de la misericordia de Dios.

La savia divina de la gracia de Jesús obró tu reconciliación, tu elevación, tu embellecimiento.

Correrán por tí cristalinas las aguas de la gracia; orearán tu rostro regenerado brisas del cielo vivificantes; flores de virtudes encantadoras perfumarán tu ambiente; frutos abundantes del árbol de la vida cristiana acrecerán tu nobleza; los ángeles morarán en tí con dulcedumbre soberana y serás inundada en las delicias

inefables del dulcísimo Corazón de Jesucristo.

Alma ciudadelana, ¿lesfalleceras en mitad de tu camino? — ¡Oh santa felicidad del cristiano que arrojó de sí el mal que le manchaba! ¡Oh delicadas alegrías del alma que se abraza con la virtud! ¡Oh fruto celestial, paz dulcísima del corazón del hombre reconciliado con el Corazón de Dios! ¿Y habrían de perderse tan exquisitas felicidades para volver a los goces groseros de los sentidos, que tantos males traen consigo aparejados?

Atrás seducciones del tentador, rebeliones desatinadas, que privarías a Ciudadela de las sonrisas de mi Dios.

Atrás sensualidad enervante que le harías beber amargo cáliz de vergonzosa ignominia.

Atrás osada soberbia que envolverías en tinieblas su razón.

Atrás en cualquiera forma quieras de nuevo entrar ¡oh maligno espíritu! envidioso de la buena dicha de Ciudadela renovada, consolada, bendecida por la bondad suavísima del Corazón de Jesús.

Que permanezcas feliz, noble ciudad, en el regazo de Dios, sin desfallecimientos en el servicio del Señor, con longura de dias en santidad y para siempre.

Aprecia en mucho la paz y la verdad que te ha traído el Señor Dios Omnipotente. Y con suprema vigilancia defiéndelas como tesoro riquísimo que te quisiera robar el enemigo de las almas buenas.

No tardará en volver con tenacidad ardorosa, con esfuerzos más violentos el implacable perseguidor, ávido de recobrar el alma que de su poder tiránico pudo escapar.

¡Ángel bueno, defensor y guardián de esta ciudad hermosa! De-

fiende su entrada; como el querubín del paraíso terrenal, con espada flamígera ahuyenta el tartáreo dragón y todos los enemigos tentadores. No permitas que sea envuelta tu ciudad en sorpresas maliciosas de espíritu mundano ni diabólico.

Queda con Dios, Ciudadela levítica y obsequiosa. Jamás olvides lo que dice Tertuliano: «Se conoce a los cristianos por la pureza de su vida.»

Un Misionero, al despedirse de Ciudadela.



Nuestro ¡adiós! a los Misioneros

ADIÓS! Breve es esta palabra, y encierra no obstante— como todo lenguaje del alma— sin número de ideas, de afectos, de anhelos del corazón, cuya vida bien puede reflejar, cuando ese ¡adiós! no es puro sonido, cuando, más bien que de la boca, sale, se escapa de lo más íntimo de nuestro ser.

Es verdadera chispa que salta de un pecho, o de muchos pechos, como del seno de amontonadas nubes saturadas de cariño y de ternura, y se dirige a otro pecho, no insensible, no indiferente a aquellos meteoros del alma.

Claro que supone todo ello haber mediado relaciones estrechas, haber existido vínculos fuertes, no antiguos quizás, pero que brotaron robustos, vigorosos, acusando un potentísimo principio generador de esa robustez y energía.

¿Qué ha pasado en Ciudadela hace algo más de una semana? Se ha obrado en nuestra querida ciudad una verdadera, extensa, suavísima revolución en el espíritu de la mayor parte de estos habitantes.

Sobre sus inteligencias y sobre sus corazones, como sobre removida tierra, ha caído la se-

milla que el divino Sembrador desde lejanos días iba preparando, han caído sobreranas lluvias de eternas verdades y de celestiales dulzuras, fertilizantes todas ellas; y hemos visto despertar de prolongado letargo a seres queridos que han cobrado vivificadores alientos, miembros tullidos reanimarse, deshacerse en lágrimas ojos que se habían secado, desatarse para implorar clemencia lenguas antes sin movimiento, y en el sagrado de nuestros hogares renacer lo que el mundo de sí no puede dar: la dicha y la paz.

Y fueron los mensajeros de esa paz los venerables Misioneros que por espacio de algunos días han sido nuestros huéspedes, consagrando todo su celo, todo su amor, todos sus ardores, todas las luces de sus inteligencias a nuestro bienestar, a operar esa profunda renovación que todos hemos bendecido y bendecimos aún.

¿Cómo pues no hubieron de estallar entre nuestros corazones y los suyos multiplicadas chispas de amor y de respeto, de honda

simpatía y de eterno reconocimiento? ¿cómo no hubieron de surgir esos vínculos, esas relaciones, forjadas al calor de suprema caridad?

Y en llegando el momento de nuestra separación surgen de nuevo, más intensas si cabe, para asegurar una continuación sin término.

Eso es pues lo que significa ese ¡adiós! que tan de corazón pronunciamos, al besarles por última vez la mano a los fervorosos apóstoles de Jesús y de María; fué decirles que su memoria será imperecedera entre nosotros; que sus predicaciones y sus lágrimas seguirán siempre presentes a nuestros ojos; que a fuer de buenos cristianos y de nobles hijos de una ciudad católica, nuestro agradecimiento no tendrá límites.

Que el Corazón de Jesús les conserve y acreciente el apostólico celo que les anima; que el Corazón de María siga prodigándoles las ternezas de su maternal solicitud.

¡Adiós!

X.



HIMNE
DEL
APOSTOLAT DE LA ORACIÓ
DE
CIUTADELLA

¡Un mateix cor, tots los fills de Ciutadella!
¡un sol amor!
¡un mateix préch tots los nostros pits exhalen,
del bon Jesús al sentir el foch diví!
¡dins son Costat Ell a tots nos hi replega!
¡dins lo seu Cor
hi trobarém nostra pau, nostro refugi!
¡ciutadellénchs, tots dins Éll viure i morir!

—
Cruels enemichs

guerra feresta
al nostro Rey
per tot arreu li han declarat;
mes vans intents,
que el Sagrat Cor
reinará sempre
únic Senyor de eixa ciutat.

—
Clavells i roses
tindrén nosaltres,
si ells amb espines
van a Jesús a coronar;
si injuríes llansan,
cansóns de gloria
tot aquest poble
amb tendre amor li entonarà.

—
¡Un mateix cor, tots los fills de Ciutadella! etc.



¿EN ESPERA DE LAS BODAS DE ORO?

LA bienaventurada Margarita de Alacoque, cuando estaba ya próxima a despedirse de la tierra para volar al cielo, entonó su *Nunc dimittis*, como el cántico festivo de sus ardientes anhelos, pronunciando las siguientes hermosas palabras: «Moriré contenta, porque el Corazón de mi Salvador empieza a ser conocido». Habíanse cumplido en ella los designios del Señor; quedaba revelada al mun-

do la obra providencial que había de salvar a los hombres en los últimos siglos; el Corazón de Jesús empezaba ya a ser conocido y amado y glorificado con devotísimo culto... La Beata Margarita había llenado, pues, la misión de sus destinos: ¡bien podía despedirse gozosamente de sus hermanas en Religión, declarando que ya le era grato el morir, que *moriría contenta!*

Algo parecido hubieron de ex-

perimentar el domingo último pasado no pocos de los Celadores y socios del Apostolado, después que acababan de asistir a la ofrenda de la brillantísima corona final de homenajes rendidos al Corazón de Jesús, con ocasión de los «Bodas de Plata» de este Centro local. Especialmente, los que se honran con el título de *fundadores* por haber tenido parte, hace ahora 25 años, en la instalación de la Obra, los que han figurado constantemente en ella desde que empezó a existir, los que tanto han gozado en sus progresos y triunfos, sin regatear esfuerzos para hacerla prosperar... ¿cómo no habían de sentirse tiernamente conmovidos ante la insuperable grandiosidad de tan fausto aniversario? ¿cómo no habían de recordar con devota fruición los transportes de júbilo con que se despedía del mundo la privilegiada *mensajera* de los amores de Jesús, consolándose con la idea de que ya empezaba a ser conocido el Corazón del Divino Salvador? ¿y no pudieron exclamar entonces, los Celadores y socios de la Píisima Alianza, que *ya morirán contentos*, porque el Sagrado Corazón es conocido y ama lo y reina en Ciudadela?

Nos han dicho que en la noche del citado domingo, al felicitarse mutua y cordialmente varios individuos del Apostolado, iban ya trazando planes y se daban cita para otra fecha más jubilar todavía: el aniversario quincuagésimo, las *Bodas de Oro* de nuestra Asociación!...

Algo atrevido conceptuamos el esbozo de planes fundados sobre tan lisonjera hipótesis. Pero si es dable conjeturar lo que será, a qué altura habrá llegado la Obra al cumplirse los 50 años de su fundación. Muchos, muchísimos de los ahora compañeros nuestros en la espiritual milicia, habrán dejado de existir en la tierra; y en cambio, serán muchos también, muchísimos más los nuevos militantes que habrán sentado plaza a la sombra de esta gloriosa bandera. Y nos complacemos en abrigar la esperanza de que cuando llegue el año de las futuras «Bodas de Oro», Ciudadela será herencia escogida y porción mimada del Corazón de Jesús; que Él lo llenará todo, reinará con imperio de amor en los hogares domésticos, y en los talleres y fabricas de la industria, y en los organismos sociales, y en las vías públicas, y sobre todos y cada uno

de los hijos de este pueblo. Y no sólo en Ciudadela, en toda la isla reinará entonces el Divino Corazón; y juntamente con su dulcísima Madre, ocupando magestuoso trono en la cima del Monte-Toro, velará sobre Menorca defendiéndola de todo mal y colmándola de bendiciones...

¿Por qué no hemos de alentar la esperanza de que va a convertirse en feliz realidad la previsión de tan bello ideal?

Los que escribimos estas li-

neas, es casi seguro que no asistiremos en vida mortal a la celebración de las «Bodas de Oro» de nuestro Apostolado... Hagamos votos al Señor para que los que no alcancemos a celebrarlas en el templo de San Agustín y en la ciudad de Ciudadela, las solemnicemos más colmadamente festivas y jubilares en la Patria venturosa, donde el Corazón de Jesús reina con sus *amigos* y es *delicia de todos los Santos*.

F.

